

Conan Doyle y el brigadier Gerard

CÉSAR GUERRERO

Debido al éxito del género policiaco, el conocimiento de la obra de Arthur Conan Doyle es parcial. Sherlock Holmes representa apenas una quinta parte de su obra completa. El ochenta por ciento restante se compone de un prolífico y brillante conjunto de relatos de aventuras, terror y ciencia ficción y novelas históricas que no se vio igualmente beneficiado por el gusto coyuntural de su época ni por la evolución literaria posterior. El público decidió encasillar a Conan Doyle en el género que perfeccionó y consolidó. Leer el resto de su obra es más difícil aun debido a la escasez de ediciones, tanto en su idioma original como en el nuestro.

EstePaís cultura 4

En *Hazañas y aventuras del brigadier Gerard* (Valdemar, Madrid, 2007) se recopilan los diecisiete cuentos que Arthur Conan Doyle escribió sobre un húsar ficticio de la Grande Armée de Napoleón: Etienne Gerard. Estas historias fueron escritas y publicadas en dos series, la primera entre diciembre de 1894 y el mismo mes del año siguiente, y la segunda seis años más tarde, de enero de 1900 a mayo de 1903. Aparecieron, en ambos casos, en *The Strand Magazine*, la misma revista que publicó los primeros relatos de Holmes. Cada serie fue recopilada en un libro distinto y un último relato vio la luz en septiembre de 1910.

Al momento de crear a este personaje, en 1894, Conan Doyle contaba treinta y cinco años, nueve de ellos casado. Ya era padre de dos hijos, de cinco y dos años. A su esposa Louise le acababa de ser diagnosticada la tuberculosis —incurable en ese entonces—, por lo que la trasladó a un sanatorio en Davos, Suiza, para alejarla de la niebla invernal de Londres.

“Como en Davos no abundaban las distracciones, y vivíamos rodeados por la nieve y los abetos, pude consagrarme enteramente al trabajo literario [...]. Allí empecé la serie de relatos sobre el brigadier Gerard, basados principalmente en el excelente libro *Las memorias del general Marbot*. El libro me supuso un gran trabajo de investigación de la época napoleónica.”¹



Marbot había sido oficial de Bonaparte y sus memorias se caracterizaban por un estilo pomposo así como por constantes y exagerados ejemplos de valentía que constituían, pese a su dudosa veracidad, parte de su encanto. El novelista inglés George Meredith, a quien Conan Doyle admiraba y frecuentaba, fue el responsable de recomendarlas. Para la segunda serie de relatos, Conan Doyle realizó una investigación más amplia, en al menos siete libros de memorias de oficiales y soldados del imperio napoleónico, el suministro completo para “envolver la figura imaginaria en una atmósfera histórica y militar auténtica”.²

El brigadier Gerard representó la oportunidad para escribir una sucesión de relatos que repitiesen el éxito de Sherlock Holmes en *The Strand Magazine*. En general, el consenso es que el me-

¹ Arthur Conan Doyle, *Memorias y aventuras*, Valdemar, Madrid, 1999, p. 137.

² Arthur Conan Doyle, “Prefacio” a *Aventuras de Gerard*, marzo de 1903.

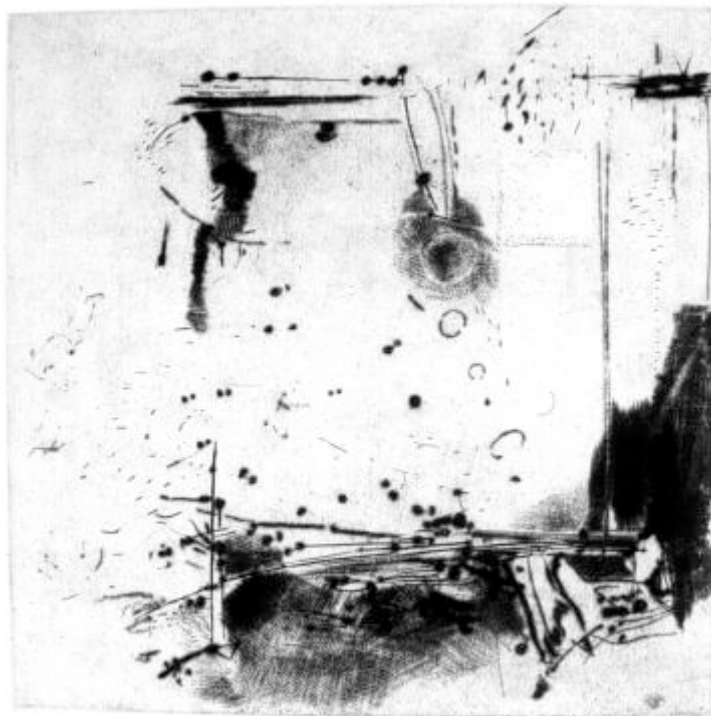
Por Conan Doyle se encuentra en el relato breve. No sólo hay una predominancia estadística del relato por encima de cualquier otro género en su obra, sino que la mayoría de sus trabajos más apreciables se encuentran precisamente en esta clase de textos. Las diecisiete historias sobre el brigadier Etienne Gerard son ejemplo de lo anterior.

Los relatos sobre Etienne Gerard encarnan varias de las aficiones de Conan Doyle: su francofilia, la recreación histórica, el relato de aventuras y la ficción militar. Impulsivo y poco perspicaz, el brigadier es un personaje de una fanfarronería cándida que alcanza con frecuencia el paroxismo de la ridiculez. Su amena personalidad permite al autor divertir a sus lectores antes que plasmar los avatares de una época histórica difícil. Dado que fue creado *ex profeso* para el relato de aventuras, no debería juzgarse como una imagen idealizada o ingenua del Imperio Napoleónico, pues idealismo e ingenuidad son parte esencial de su carácter.

Todos los relatos de Gerard son narrados en primera persona. El viejo militar venido a menos, que sobrevive cultivando coles y con una pensión de sólo cien francos al mes, ofrece a sus anónimos escuchas la evocación nostálgica de esa lejana e intensa época desde el sillón de un café parisino.

La egolatría de este gascón es sistemáticamente exagerada por su autor y termina por hacernos sonreír antes que indignarnos, lo que constituye una burla velada (o tal vez no tanto) al temperamento francés. Me refiero a opiniones como ésta: “Es raro que las personas con quienes trato no se conviertan en amigos míos, porque mi carácter y mis maneras son... las que ustedes mismos ya conocen”.³

¿Cuál es la definición que Gerard tiene de sí mismo? “Se imaginarán, pues, ustedes cómo yo, Etienne Gerard, el jinete más distinguido y el más gallardo calavera de los diez regimientos de húsares, montaba a caballo cuando tenía veinticinco años [...]”.



“Éramos capaces de hacer correr a toda una población: a las mujeres hacia nosotros, y a los hombres huyendo de nosotros.”⁴

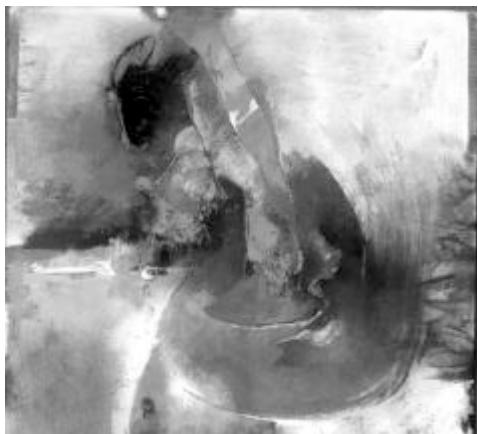
La definición más certera la ofrece Lasalle, uno de sus superiores, quien a la pregunta de Talleyrand de “si tuviera usted que elegir uno en el que se requiriesen cualidades de hombre de acción, pero que no se detuviese a pensarlo mucho... , ya me comprende usted”, responde: “Tengo uno que es todo espuelas y bigotes, y que no piensa en otra cosa que en mujeres y caballos”.⁵

En efecto, Gerard es un jinete y espadachín ingenuo, en ocasiones francamente idiota, un don Juan poco religioso y casi abstemio que, a pesar de su baja estatura, se considera irresistible gracias a la gallardía que le

³ Arthur Conan Doyle, *Hazañas y aventuras del brigadier Gerard*, p. 104.

⁴ *Ibid*, pp. 20 y 21.

⁵ *Ibid*, p. 50.



otorgan su uniforme, las guías de su bigote al estilo Marengo (sic), sus elegantes patillas y sus cabellos rizados y rubios; y es, en efecto, un admirador de los caballos. “Hay dos cosas en este mundo que difícilmente olvido: la cara de una mujer bonita y las patas de un hermoso caballo.”⁶

El corcel negro *Rataplán* y *Violette*, la yegua, son sus dos inseparables monturas. Tanto o más que el uniforme, los caballos son parte esencial de su apostura. Cuando el brigadier participa en la toma de Venecia, se queja de su mala y ridícula construcción, pues quienes la edificaron “no tenían la menor idea de cómo iba a maniobrar en su ciudad la caballería.”⁷

Más divertido aun resulta su examen de los cuatro caballos de bronce que flanquean la entrada de la Basílica de San Marcos, a los que los venecianos aprecian “como si fuesen hijos suyos”, ya que, como se sabe, son botín de la toma de Constantinopla, en 1024, durante la cuarta cruzada. “La verdad es que no les encontré gran cosa que mereciese elogios. Como corceles de caballería resultaban demasiado bastotes, y como caballos de artillería no eran lo suficientemente pesados.”⁸ Así de simplón y unidimensional resulta el criterio de este abnegado soldado.

El brigadier se considera imprescindible si no para su país, para Napoleón mismo o su ejército, al menos sí para su regimiento, el décimo de Húsares de Confians: “He creído que si Napoleón me hubiese confiado un cuerpo de ejército, quizá su suerte habría sido distinta”.⁹ Napoleón opina de él: “Si bien es cierto

que tiene la mollera más dura que hay en mi ejército, tiene también el corazón más valeroso”.¹⁰

Gerard es un hombre de extracción sencilla. Tanto, que reconoce haber tenido que aprender las “maneras del caballero”. Cuestiona a los militares que se jactan de no entender nada de arte y de “otras cosas parecidas”, pues a él le atrajeron siempre, “detalle con el que demuestro mi buen gusto y mi educación”. Sin embargo, durante el saqueo de Venecia elige un “bello cuadro” en función no de sus méritos plásticos o del prestigio de su autor sino de su tema erótico: *Ninfas sorprendidas en un bosque*.

Montar a caballo y manejar un escuadrón de caballería durante una marcha es lo suyo, mas no la política. Naturalmente es un don Juan. En cada sitio tiene por lo menos un amor. No pierde oportunidad de cortejar mujeres, de probar su heroísmo rescatándolas y protegiéndolas. “Podrán ustedes juzgar hasta qué punto era yo un favorito de las mujeres si les digo que hoy mismo, a mis sesenta años... ¿Para qué voy a hacer hincapié en lo que es sobradamente conocido?”¹¹ En otra ocasión afirma: “Ya ve en qué aprieto me encontraba para cuando recurrí al arma de mi atracción sexual”.¹²

El momento superlativo de este comportamiento es cuando enamora a la nieta de un hombre que había sido dux de Venecia. Si esto era de por sí ofensivo para los orgullosos habitantes de esa ciudad, lo era también el hecho de que “Lucía” ya estaba comprometida con el heredero de una distinguida familia veneciana.

Su galantería masculina y su arrojo militar no lo exentan, sin embargo, de la sensiblería. Derrama lágrimas de autoconmiseración cuando se ve perdido, desolado por la perspectiva de que su brillante carrera quede truncada mucho antes de lo esperado, fallando a las expectativas de su madre, de su brigada, de sus amantes... “No me avergüenzo de confesar a ustedes que derramé lágrimas pensando en la consternación general que produciría mi prematuro fin.”¹³ Las derrama de rabia cuando su honor se ve ofendido. O simplemente, cuando la situación en que se encuentra lo frustra sin remedio.

Tan constantes como su egolatría son otros rasgos de su carácter, tales como la ingenuidad y la estupidez. Un ejemplo de lo primero, escudado tras la honorabilidad, es cuando notifica amablemente a un oficial inglés, herido, que deberá llevarse su capa pa-

⁶ *Ibid*, p. 136.

⁷ *Ibid*, p. 247.

⁸ *Ibid*, p. 249.

⁹ *Ibid*, p. 107.

¹⁰ *Ibid*, p. 214.

¹¹ *Ibid*, p. 46.

¹² *Ibid*, p. 184.

¹³ *Ibid*, p. 86.

ra usarla de disfraz. Inclusive, le pregunta si tiene objetos de valor en los bolsillos de la prenda, pues no es su intención despojarlo. “Un estuche”, contesta el inglés. Así que Gerard revisa la capa y le entrega un frasco de plata, un estuche cuadrado de madera y unos gemelos de campaña. El inglés toma el estuche, lo abre y saca una pistola. “Y ahora mi buen señor, deje la espada en el suelo y entréguese.”¹⁴

Su grave estupidez es aun más patente cuando, a punto de terminar una misión, disfrazado con uniforme cosaco, avista un destacamento de dragones franceses ¡a los que saluda emocionado desde lejos, agitando su espada en el aire! Naturalmente, le responden a tiros. “De puro emocionado que estaba, me había olvidado de todo, y el joven dragón se había imaginado que yo era algún campeón ruso que estaba desafiando a la caballería de Francia.”¹⁵

Doyle comparte con Gerard el gusto por atrapar la atención del público mediante la exposición oral. Recordemos cómo el autor apreciaba la capacidad histriónica de su madre para narrarle historias de caballería en su infancia. La favorable impresión que le causaba es lo que motiva la reproducción de la “oralidad” en el personaje del brigadier.

La acción es la necesidad primordial de estos textos. Un modelo es el relato “De cómo llegó el brigadier al castillo sombrío”, pues involucra un duelo a sablazos, un sótano que se torna trampa y una explosión de descomunales proporciones, obra de un barón malvado que tiene secuestrada a una bella mujer en un castillo polaco. Todo esto en una historia de veintiséis páginas.

Sin embargo y aunque escasos, existen varios ejemplos de ambienta-



ción que destacan por su pertinencia y su destreza, miniaturas vívidas que se tornan memorables. Es el caso del paseo nocturno por Venecia, a bordo de una góndola: “De trecho en trecho, sobre los puentes que cruzaban el canal, se descubría el débil resplandor de un farol de aceite, y en ocasiones el resplandor salía de algún templete en que ardía una vela delante de la imagen de algún santo. Fuera de estos puntos luminosos, todo era lóbrego y solamente se distinguía el agua por la blanca orla que se curvaba a uno y otro lado de la larga proa de nuestra góndola”.¹⁶

Elemento fundamental en estas historias es la habilidad de crear diálogos y situaciones ingeniosas y chispeantes. Cuando el mariscal Massena manda llamar a Gerard, le pregunta:

—Y sus heridas, ¿están ya curadas?

—Mis heridas no se curan nunca, mariscal —le contesté.

—¿Por qué?

—Porque siempre tengo alguna reciente.¹⁷

Uno de varios finales admirables es el del relato “De cómo el brigadier mató a los hermanos de Ajaccio”. Bonaparte pide a Gerard guardar silencio sobre los hechos recientemente acontecidos. “Os prometo salir de vuestro despacho en este momento tal y como yo era cuando entré en el mismo.” El emperador de Francia le contesta que tal cosa es imposible. “Entró usted de teniente. Permítame darle las buenas noches, capitán.”¹⁸

El brigadier siempre está en lugares y momentos importantes, así como también en compañía de destacados personajes. En la primera serie de cuentos lo vemos actuar en Polonia, Francia, España, Portugal, Inglaterra y Alemania, en episodios que van de febrero de 1807 a abril de 1814, cuando Napoleón empieza a ser traicionado por los suyos en el palacio de Fontainebleau.

Sus aventuras posteriores transcurren en España, Portugal, Bélgica, Italia, Rusia e Inglaterra, desde el sitio de Zaragoza, en 1807, hasta la batalla de Waterloo, en 1815. Una aventura

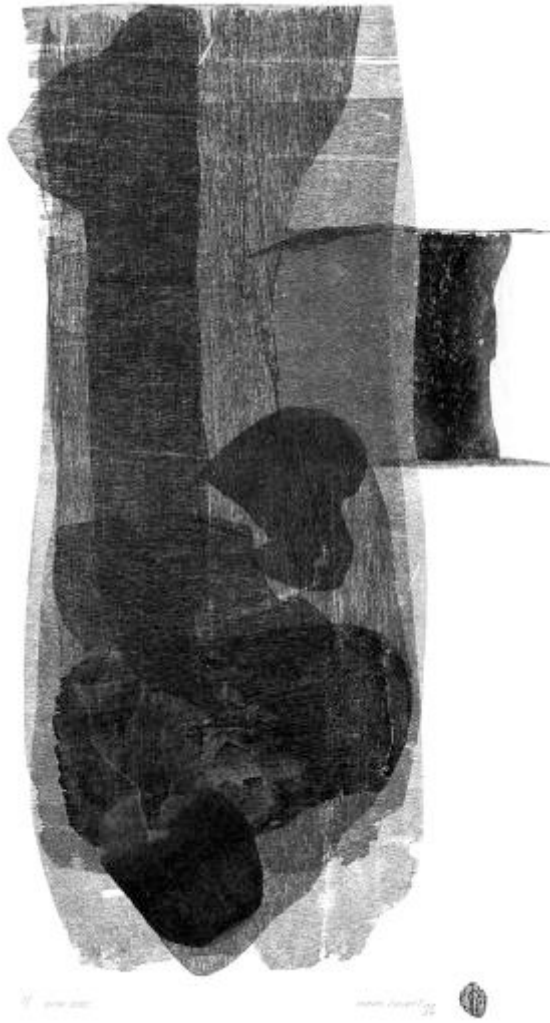
¹⁴ *Ibid.*, p. 409.

¹⁵ *Ibid.*, p. 210.

¹⁶ *Ibid.*, p. 252.

¹⁷ *Ibid.*, p. 130.

¹⁸ *Ibid.*, p. 69.



Este País cultura

adicional ocurre en 1821, cuando Napoleón está preso en la isla de Santa Helena, mientras que el relato sobre la boda de Gerard está ambientado mucho antes, en 1802.

En ese largo periplo a lo largo y ancho de Europa, Gerard va haciendo juicios sobre los pueblos y países que visita, a la manera de Uzbek, el protagonista de las satíricas *Cartas persas* (1717) del barón de Montesquieu. Por lo general, podemos estimar que tales opiniones son estrictamente literarias, en el entendido de que las hace un soldado francés con el afán de resultar jocoso. Polonia es el país “más pobre y más feo de Europa”,¹⁹ como “horrendo” es su idioma,²⁰ mientras que España es “un país en que reina la crueldad”²¹ y Alemania “un país dormilón”.²²

¹⁹ *Ibid*, p. 21.

²⁰ *Ibid*, p. 197.

²¹ *Ibid*, p. 81.

²² *Ibid*, p. 174.

Sobre sus coterráneos opina que “un caballero francés pelea, pero no odia”.²³ Reconoce también la nefasta influencia de los egos en conflicto: “Ney odiaba a Massena, Massena odiaba a Junot, y Soul los odiaba a todos ellos. Por esa razón, no se hizo nada”.²⁴

Podemos juzgar distinto las opiniones que Conan Doyle, escocés de nacimiento e irlandés de sangre, realiza sobre los ingleses por boca de su personaje gascón: “Era por demás agradable pelear contra gente tan magnífica”.²⁵ A juicio de Gerard, es falso que el carácter de los ingleses sea flemático o taciturno, pues cualquier hazaña valerosa en la guerra o el deporte basta para entusiasmar y hacer salir de su rutina a estos hombres de rostro completamente afeitado.

Mediante estas historias, Conan Doyle retrata a Napoleón Bonaparte con considerable detalle. Su escasa estatura, su cabeza voluminosa y redonda, sus hombros redondeados y caídos, el busto demasiado largo respecto de las piernas, las manos pequeñas y regordetas, sus pantorrillas “bien torneadas”, sus pasitos rápidos de tigre, la palidez de su rostro imberbe, su “hermosa” frente. Pero el rasgo que más acentuó de todos éstos —de sobra conocidos gracias a pinturas como las que Jacques-Louis David, Jean Auguste Dominique Ingres o Paul Delaroche hicieron de él— es la mirada y el efecto de ésta en sus interlocutores.

La mirada de sus ojos “fríos y grises” es “extraña”, “de lejanía”. Sus ojos son extraordinarios o espantosos, “cambiaban del color gris al color azul, igual que el acero al recibir el claror del sol”,²⁶ dignos de una pesadilla, y “sabían endurecerse con una expresión capaz de asustar a un granadero”²⁷ e intimidar a un superior.

Igualmente destacable en la evocación de ese hombre solitario es su carácter. En su “terrible”

²³ *Ibid*, p. 348.

²⁴ *Ibid*, p. 318.

²⁵ *Ibid*, p. 90.

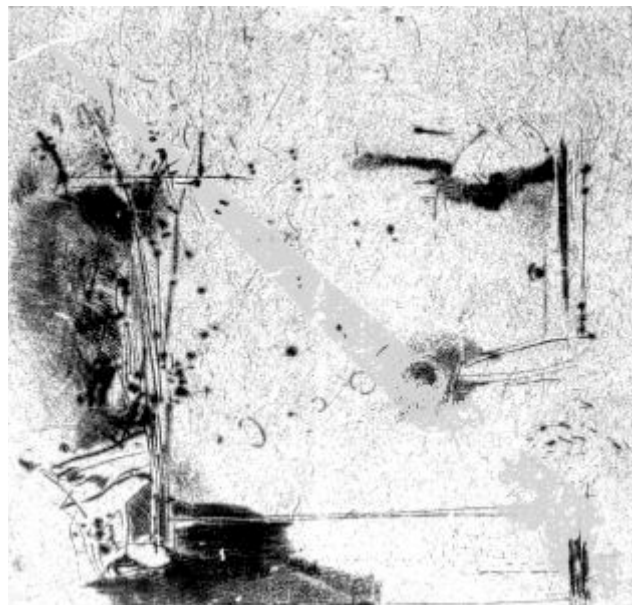
²⁶ *Ibid*, p. 212.

²⁷ *Ibid*, p. 52.

sonrisa “no participaban ni los ojos ni la frente”.²⁸ No era altanero con la tropa, sino cortés, y sabía expresarse con acento “suave y acariciador” y charlar con sus subalternos “en plan de amigo y de hermano, y cuando había conseguido que uno olvidase el abismo que mediaba entre ambos, le recordaba de pronto, con una frase o con una mirada, que el abismo seguía siendo tan infranqueable como antes”.²⁹ Todas estas características, basadas en testimonios de los personajes que trataron personalmente a Napoleón, dotan de un gran realismo a los relatos. La admiración que el húsar siente por su jefe, “el mejor del mundo”, alcanza un momento cumbre cuando intenta rescatarlo de Santa Helena: “Eran las manos de Etienne Gerard, pero las extendía en nombre de toda Francia”.³⁰

Ya hemos señalado que el brigadier nada sabe de política. Su ciega obediencia lo hace completamente acrítico. Es posible que su autor también lo fuese, ofuscado por su poderosa imaginación literaria, la cual no retrató la inconmensurable, suprahumana megalomanía de Napoleón. Millones de seres humanos debieron morir al servicio de sus ambiciones o intentando contenerlas. Su extraordinaria singularidad fue capaz de invocar poderosas pasiones en ambos sentidos (el personaje que sintetiza las dos posturas es Ludwig van Beethoven) y trastocar imborrablemente el sentido de la historia del mundo.

Las guerras nunca han estado exentas de crueldad y de crudeza. Y aunque estos relatos fueron creados para entretener, Conan Doyle no ocultó en sus historias ese rasgo de la realidad. Si bien las escenas de este tipo nunca son demasiado gráficas ni directas, sí son constantes: un grupo de rebeldes españoles ata a un prisionero



nero a dos árboles doblados sobre sí mismos, con el propósito de descuartizarlo soltando súbitamente el amarrado de uno de ellos. El lector puede comprender que un hombre ha sido degollado cuando Gerard describe el ruido que produce la caída al suelo “de un objeto de menor peso, pero más duro, que rodó debajo de la cama”.³¹

Por momentos, uno puede llegar a pensar que este conjunto de textos derivan en una apología de la guerra. Sin embargo, Conan Doyle tuvo cuidado de no caer en eso sólo por ajustarse a las necesidades de caracterización de su personaje. Pone en sus labios la frase “Cuando se triunfa, no se llega a comprender nunca el horror de la guerra”.³² Sobre la guerra de España reconoce que “habíamos peleado siempre hasta entonces por toda Europa con un ejército contra otro ejército. En España íbamos a saber lo terrible que resulta pelear contra un pueblo. [...] No hay en esa lucha ninguna gloria”.³³

Por los años en que Conan Doyle escribió la segunda serie sobre el brigadier Gerard, ya había participado

en la guerra de los Boer como médico militar voluntario. Lo que vio en Sudáfrica ciertamente modificó sus impresiones infantiles sobre las historias militares. Pudo ver la guerra desde un punto de vista más objetivo, más real. La escritura a su regreso de un panfleto en defensa de Inglaterra, a propósito de esa guerra, le valió ser nombrado caballero. Había escrito también la tercera y magnífica novela sobre Holmes, *El sabueso de los Baskevill* (1901-1902).

Muchos de los relatos sobre el brigadier Gerard son de lo más divertido y emocionante que haya salido de la pluma de Conan Doyle. ¿Cuáles son los mejores y por qué? De entrada, ninguno de ellos es estrictamente objetable. Todos son de muy buena factura, en términos de coherencia, ritmo, ambientación histórica y humor.

Pero sin duda, también es posible distinguir aquellos que son particularmente refinados, redondos y destaca-

²⁸ *Ibid*, p. 221.

²⁹ *Ibid*, p. 235.

³⁰ *Ibid*, p. 449.

³¹ *Ibid*, p. 151.

³² *Ibid*, p. 417.

³³ *Ibid*, p. 290.



damente emocionantes y divertidos. A mi juicio, tres de los ocho relatos de la primera secuencia pueden ser calificados de esta manera: “De cómo el brigadier mató a los hermanos de Ajaccio”, “De cómo el brigadier ganó su medalla” y “De cómo el brigadier se vio tentado por el diablo”.

Estoy convencido de que la segunda serie es mucho mejor que la primera, pues cinco de las ocho historias, a las que añado la decimoséptima y última, publicada aparte, me parecen dignas de particular encomio. “De cómo el brigadier perdió su oreja” es una historia de romanticismo inverosímil pero también un gran ejemplo de cómo sacar a un personaje de una situación imposible mediante soluciones ingeniosas y elegantes de la trama.

“De cómo el brigadier se apoderó de Zaragoza” es una historia cruda, socarrona y espectacular al mismo tiempo; representa la prueba más difícil que debe enfrentar el insoportable temperamento ególatra de Gerard, lo que permite mayor brillo a su excelente y honroso final. En “Cómo se comportó el brigadier en la batalla de Waterloo” destaca la magnífica persecución final, mientras que de “La última aventura del brigadier” hay que señalar su dejo nostálgico. “La boda del brigadier” nos narra la broma perfecta que el destino le juega a este entrañable personaje.

La despedida del brigadier en el relato final de la segunda y última serie es por demás elocuente:

Ustedes han visto, por mis ojos ya turbios, un poco del centelleo y del esplendor de aquellos días magníficos, y yo les he puesto delante un poco de sombra de aquellos hombres cuyos pasos hicieron temblar la tierra.

Atesoren todo eso en su memoria y transmítanlo a sus propios hijos, porque el tesoro más valioso de una nación es el recuerdo de una época grande [...]. Yo me marchó a Gascuña, pero mis palabras quedan aquí en la memoria de ustedes, y quizá, cuando haya pasado mucho tiempo sin que nadie se acuerde de Etienne Gerard, el eco débil de las palabras que él pronunció sirva para caldear un corazón o para fortalecer un alma. Caballeros, un soldado veterano los saluda y les da su adiós.³⁴

De esta manera, Conan Doyle retira dignamente a su brigadier de la atención de los lectores. Así como, involuntariamente, Holmes desplegó en torno suyo un retrato entrañable de la era victoriana, las aventuras del brigadier Gerard habrían de lograr lo propio para el periodo napoleónico —igual que Dumas lo hizo con los mosqueteros de Richelieu.

No hay duda de que existe en el público preferencia por ciertos episodios históricos, sustentada en la nostalgia y el romanticismo. Tal es el caso del abultado conjunto de novelas y películas cuyas historias se ambientan, por ejemplo, en la segunda guerra mundial, en el salvaje oeste o en los años sesenta. Las preferencias del público evolucionan con el tiempo y, ciertamente, el periodo napoleónico, tan apreciado por Doyle para ambientar estas historias, no gozó del favor popular de la misma manera que la era victoriana de Holmes.

Sin embargo, creo haber demostrado a lo largo de este texto que no por ello estos relatos desmerecen en cuanto a calidad literaria. Leerlos supone un encuentro inmediato con el magistral ritmo de la acción, el humor y la sorpresa. Merecen una amplia y extendida lectura entre nosotros. ~

³⁴ *Ibid*, p. 453.